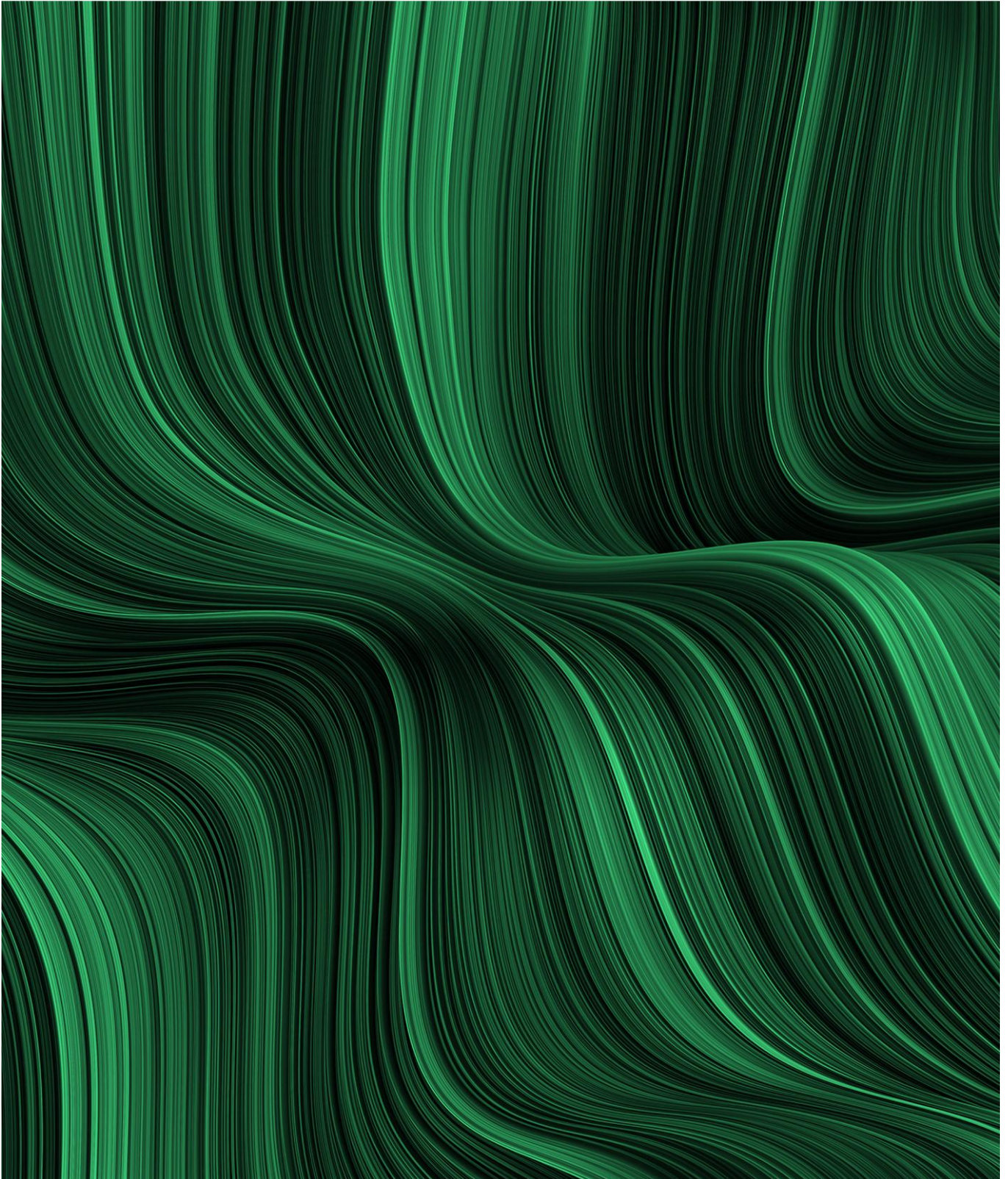


El Niño-Universo

Daniel Prior Gijón



El Niño-Universo

El Niño-Universo: 1

Io estaba más que enfadado.

Sus padres lo habían mandado a un Internado.

Todo el curso escolar. 1999-2000.

Lo habían llevado en coche con las maletas y allí se encontraba, junto a un grupo de profesores.

Io estaba escuchando la conversación de refilón. Solo pudo entender lo que decía el de la voz más grave:

«Este tiene que ir abajo».

Entre estos vaivenes, un grupillo de alumnos vino a saludarle.

La chica tenía coletas a los lados en su pelo negro azabache. Se presentó como Karen.

—Estos son Marcos y Alejandro.

Todos ellos, incluyendo al propio Io, tenían unos 8 años.

Por alguna razón, a él le agradó profusamente que el alumnado fuera mixto.

No era ningún santo.

El edificio era simple. En el ala este había unas escaleras, que debían bajar al sótano del que Io había oído hablar.

También allí, se encontraba el dormitorio de los varones. Unos veinte.

Io colocó sus cosas y salió.

En el ala oeste, estaba el dormitorio de las chicas, aunque ellas eran la mitad en número.

Se salía por una puerta metálica gris oscura, desde la cual, mirando de frente, se llegaba al comedor.

Enfrente del dormitorio de las chicas, se encontraba una única aula.

Io pensó que sus padres se deberían haber dejado un buen dinero en ello.

Malditos...

Una profesora, pelirroja, treintañera, que se presentó como Sara, le indicó a Io donde pasar la noche.

Y le dijo que las clases empezarían a la mañana siguiente.

Después de cenar algo mediocre, los chicos subieron al dormitorio.

Había algo raro en ellos. Muy, raro, de hecho.

Gris... Gris, gris, gris. La palabra es gris.

Nadie hablaba. Ningún chascarrillo.

Era todo tan desconcertante.

Era como si Karen fuera la única niña de verdad que existiera en todo el lugar.

«Io va a bajar abajo»

Susurró un niño.

—Ya. Está. Bien. ¿Qué cojones está pasando aquí? —Fue su respuesta.

Todo gris. Todo mustio. Tan marchito...

Io se puso un pantalón y una camisa y salió decidido a encontrar respuestas.

Pasó por el dormitorio de las chicas... “Mucho canteo”, fueron las palabras que le sacaron la idea de la cabeza.

Pasando el dormitorio de las niñas, había algo... No. Curioso de queda corto.

Unas escaleras. Que subían.

Pero es que el maldito edificio tenía solo una planta —descontando el sótano—.

Io no conseguía explicárselo, pero ya había llegado demasiado rápido.

Entró a un despacho amplio y bien iluminado, predominantemente rojo.

Allí le esperaba un hombre de unos veintimuchos años. Muy alto, fuerte.

Él se encontraba sentado en una silla y había otra delante de él, en la que debería sentarse Io.

Y el niño tomó asiento:

—Sé que estoy hipnotizado.

—¡Anda! ¡Si el puto enano sabe pensar!

El Niño-Universo: 2

—Tendrás un nombre —inquirió Io.

—Así es, me llamo Teo.

En ese momento Io se dio cuenta de que algo no andaba bien con ese hombre.

Tenía los ojos marrón miel, casi calcados a los suyos propios.

Pero... El aro más externo. Era una sucesión concéntrica de colores negros y amarillos muy vivos.

Era como si sus ojos le gritaran que Teo era en realidad una serpiente muy venenosa.

Como si su vida estuviera en sus manos.

Por supuesto, Io se negó a esta idea:

—Sí. Sí sé pensar. Tanto que sé que en realidad no puedes hacerme ningún daño.

—Vamos a ver... —prosiguió Teo.

Sin saber cómo, Io se encontraba atado por los brazos a su silla.

De sus antebrazos, empezaron a emerger larvas.

Eran asquerosas. De un amarillo apagado.

Cada vez había más, y más, y más.

Io no era una persona fácil de asustar.

Ni, muchísimo, menos.

Pero estaba acojonado y esa era la realidad.

—Eres más listo que valiente, Io, lo creas o no —continuó Teo con calma.

»¿Cuál es la etimología de mi nombre?

Io se negó a contestar.

—Quizá me equivocaba...

—¡Dios! Por favor, basta. Basta ya. «Theo» es griego para «Dios».

—¿A que mola? —A Teo se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Por qué no... Y escucha, ¿Ahora no podrías...?

—A, eso. Jaja. No, mira. Tienes que aprender quién manda. Para tu suerte o para tu desgracia eres extremadamente resistente al castigo, así que...

Teo se levantó y salió de la sala.

Io estaba más que asustado. Seguía maniatado. Las larvas le estaban comiendo la carne de los antebrazos.

No era una alucinación. Sentía el dolor.

Al cual se abandonó... Hasta que estas por fin le seccionaron los brazos algo más arriba de las muñecas y pudo al fin levantarse de la silla.

Al fin tuvo valor a abrir los ojos. Estaba intacto.

Salió él también y fue corriendo a refugiarse en su cama.

Al día siguiente empezaron las clases.

El profesorado se presentó. Sara, a la que ya conocía, un tal Luis, regordete, robusto y con el pelo a media melena. Se encargaría de las letras.

Para la parte científica, contaban con otro hombre llamado Víctor. Alto, con gafas.

Lo que más desconcertaba a Io, era de largo que los alumnos ya no estaban “agrisados”.

Hablaban, hacían bromas.

Karen le sobresaltó por la espalda:

—No se ven a muchos niños de ocho años hablando como adultos...

—¿Pero qué?

Ella río históricamente.

Sara terminó la exposición.

Tendrían una hora y media de letras y otra hora y media de ciencias al día.

Ella coordinaría.

Ese día la primera hora y media corría a manos de Luis.

—Que ya te he dicho que sí. —Cortó Víctor a Sara antes de abandonar el aula.

—¿Sabéis por qué estáis aquí, no? —Empezó Luis a hablar a la clase.

—Porque nuestros padres no nos quieren —contestó otra alumna, a lo que siguieron risas.

—Aparte...

—Superdotación intelectual —contestó otro alumno.

—Qué feo suena eso, ¿No?

»¿Algún eufemismo?

—Somos la polla.

—Ahí. Sí. ¡Ahí! Y teníais que estar ahí fuera comiéndoos el puto mundo, pero...

»¿Estás bien? —Preguntó Luis a un alumno que no paraba de mirar al techo.

—Sí, es sólo que presto atención así...

Karen, venía de la mano de Héctor, el chaval que se sentaba a la derecha del que no dejaba de mirar al techo.

Le guiñó un ojo a Io.

—Este pobre se ha creído lo de que somos superdotados...

—¿Cómo?

—Claro —siguió Io pillando rápido la broma—. Lo de mirar al techo para prestar atención es un claro signo de Síndrome de Asperger...

—Somos autistas —siguió Karen—. Pobrecito, tener que enterarse así...

El pobre Héctor salió espantado.

—¿Persona altamente sensible? —preguntó Io.

—Definitivamente. Pobre, va a estar con la picha hecha un lío una buena temporada.

Rieron.

El profesor Víctor tocó a Io en el hombro:

—Me temo que no podemos esperar más.

El Niño-Universo: 3

Io se dirigió de la mano de Víctor... Aunque lo cierto era que este último prácticamente le estaba empujando, a las escaleras del ala este.

Las que bajarían al sótano.

Las escaleras estaban alumbradas por una luz tenue, y eran mucho más largas de lo que Io podría haber calibrado.

Al fin llegaron a una puerta blanca. Impoluta.

Víctor le metió de un empujón.

Allí estaba Sara.

—Tiene que familiarizarse —dijo la coordinadora.

Allí había una mesa con sillas a los lados.

Era una mesa de despacho. La más cómoda estaba vacía.

Sobre el otro lado del escritorio... Estaba. ¿Io?

Io. Eso era Io. Pero era peor que en su más lúgubre pesadilla.

Tenía clavos en los ojos. Y estaba... Io casi vomita al darse cuenta.

Estaba empalado. En una estaca de madera.

Estaba. ¿Estaba eso vivo? ¿Qué era para empezar?

Io salió corriendo espantado. No intentaron detenerlo.

Sabía que sólo había un hombre, o ente, o lo que coño fuera eso que pudiera ayudarle.

Subió corriendo las escaleras del lado contrario.

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo se sale?

—No me has contestado.

—Tú a mí tampoco. ¿En paz? —Sonrió, pero sus ojos seguían advirtiéndome un peligro severo.

—¿Estoy... Sufriendo de psicosis? ¿Esquizofrenia infantil? Alguna explicación tiene que tener esto.

—No... Exactamente. Io. No. Verás. La psicosis, no es otra cosa que tu mente haciéndose... Bueno. Mierda. Pero eso sí, mientras intenta curarse.

»Tú te estás curando, Io. Curando, bien.

—¿Cómo sé qué...?

—Confiado.

—P-

—Que sí, que eres desconfiado. Pero dime, ¿Te queda otra?

El Niño-Universo: 4

Las clases transcurrían con normalidad.

Las putas, clases, transcurrían con normalidad.

La Navidad estaba cerca, aunque el Internado era laico.

Karen e Io se traían un juego peligroso.

Habían hecho tablas. Habían seguido a todos los alumnos, alumnas más bien, para encontrar una hora a solas.

Y no, no era normal que niños de ocho años hablaran como adultos.

Pero lo que pasó aquella tarde en el dormitorio de las chicas...

Tampoco lo fue.

Y sí, llegaron hasta el final.

Entonces. Y solo entonces. Io cayó en la cuenta de algo. Algo crucial.

—Karen, ¿Qué eres?

—Una segunda oportunidad. Y le dio un beso.

Io subió a ver a su consejero.

—Creo que he hecho algo malo, Teo.

—A ver, Io, campeón. Omnisciencia. ¿Qué parte no entiendes?

—Supongo que también sabrás de Ética. ¿He hecho algo malo?

—Quizá estés preparado. Eres muy rápido, sabes.

—Escucho.

—Nada de esto es real. No es psicosis. No es un recuerdo.

»Es psicosis, bien. Recuerdas. Karen es una... Imagen psíquica, sabes. Alguien te obligó a... Violarla. A tus 7 años. Y no, no te molestes en averiguar tu edad. Eso lo tengo *muy* bien atado.

»Ahora... Ahora, Io. Ahora deberás vengarte de quien te hizo esto. Y créeme, será desagradable.

El Niño-Universo: 5 ¡Zénit!

Io bajó las escaleras del sótano de mano de Sara, Víctor y de Luis, también.

Se vio en el escritorio, delante de su “Io” torturado

Luis, le puso algo delante de la mesa, de la silla de la autoridad.

Io tomó asiento.

Era un plato con un corazón. Crudo. No hacía falta ser superdotado para saber que era un corazón humano.

—¿No esperará el señorito cubiertos?

—O sea que eres...

—Quien menos lo esperas, Io, siempre es quien menos lo esperas.

Io comió decidido.

¿El sabor de un corazón humano crudo?

¡Pero estás colgado!

Io. Yo me llamo Io. Y me estoy comiendo un corazón humano crudo.

Yo... Yo. Pero algo pasa.

Hacia la mitad.

Mi yo torturado. Desaparece... Se funde en luz.

Y así la venganza es consumada.

El Niño-Universo: 6 (Bajada)

—Lo... ¿Lo he conseguido?

—Que sí, David, que sí. Tienes toda todita toda una vida para disfrutar de tu niño interno.

—¿Pero puedo hacer vida normal?

—A ver... —La psiquiatra se tocó los lacrimales—.

»Lo que no puedes hacer es salir de aquí.

—¿Pero y eso?

—¡David! ¡Contrataste a un sicario! ¡¡Te comiste un corazón humano!!

—Ah, sí. Ya, ya. ¿Me amplias la dieta?